

Verano/12

(Por Claudio D. Minghetti) El había llegado a fines de diciembre, cuando todo empezaba a tomar vida. Solo, con una mochila de lona al hombro.

En sus dieciocho se nota cierto vacío. Tiene look James Dean pero sin Porsche y una sola obsesión. Cada vez que ve titilar en la pantalla **GAME OVER** y el consecuente **INSERT COINS**, cumple con el ritual. En la villa, frente al mar, había descubierto un juego nuevo. Las voces de las sirenas le traían, además de los burbujes electrónicos, una melodía: **DAY-TONAAA... DAY-TONAAA...** Y se pasaba horas sentado, ficha tras ficha, conduciendo ese simulador que le permitía, en un tris, subir a más de trescientos kilómetros por hora. Coche azul, cambios manuales, la misma visual que si estuviera en la cabina y sus pies atentos a los pedales, a la espera que algún adversario aceptara el reto de correr con el otro auto que, en línea, estaba ubicado a treinta centímetros de distancia. Después de las ocho desfilaban esos tipos que muy seguros de sus reflejos, que no conseguían ponerse en el lugar de **RACE LEADER** ni siquiera con viento a favor. Día tras día. Hasta que llegó ella.

Era delgada, pero no tanto. Estaba tan fuerte como la hermana, y un poco más. Vestía de cuero. Sólo cuero, y se movía en moto. Una verdadera fiera. Los chacales, hambrientos. Y fue a parar a su lado, al coche rojo, cuando todos los que estaban alrededor empezaron a babear estilo Alien. Ella aceptó el desafío. El, de piedra. Sin embargo, una vez que pusieron las fichas y la máquina les dio el OK., todo cam-

Video game

bió. De golpe subieron a más de doscientos. El azul le gana al rojo. Le gana. Le gana pero hasta ahí nomás. Cabeza a cabeza. Pierde. El pecado de Jimmy fue mirar de reojo las piernas de su rival, y más arriba. Su pecado fue querer ver a través del cuero. De pronto siente que choca y vuela por el aire. Ella, convertida en **RACE LEADER** toma la delantera. A él le gustaría pisar el acelerador hasta perforar el piso. Pero no puede. Ella va al frente, a más de trescientos, mientras los demás se rien. La máquina no se equivoca. **GAME OVER**. Y él se quedó atrás, solo porque el mito del invencible se había derrumbado en el preciso instante que ella subió a su moto y partió, rumbo a 3 y Buenos Aires. Era una noche fresca y él, tranquilo, como si jamás hubiese estado a treinta centímetros de la fiera imposible, lo supo mejor que nadie.

*Hasta el
próximo
verano*

Por Miguel
Briante



Página 12

también
veranea
en la costa



Encuéntrelo en

Pinamar • Villa Gesell • Mar del Plata
Dolores • Gral. Madariaga • Miramar
Chapadmalal • Necochea • San Bernardo
Santa Teresita • San Clemente del Tuyú

a otra vez a esa mujer la veíamos en los bailes del balneario o del Italiano. Tiraba al costado de la pista, siempre entre la sombra y la luz. Así la veían, la veíamos, con la música de fondo, en lo entrecerrado de las parejas. Las otras comentaban: "Siempre igual". Una, o una voz, me dijo: "A esa, de sacar de la luz a los hombres, se le hizo una costumbre" y otra: "En donde está más oscuro, alienta o mueve su cuerpo, demando". Llegaba el forastero que la miró cruzar la pista, bajo esos focos. Que miró cruzar el pelo negro, el culo. Se le fue y le dijo que era imposible, como si se le hubiera aparecido una aparición. Sin dejar tiempo ella dijo que sí. El la siguió hasta el borde de la pista y alguien, mejor en la luz medio en la oscuridad, lo paró. "Ven a pararlo", le estaba diciendo. El otro, forastero pero de otro pueblo, no del todo de afuera, decía: "¿Por vos o por mí?". Decidieron decirlo en el bar. El del pueblo, el que pude haber sido yo, le dijo que no pasara. "¿De dónde?", preguntaba el forastero. El otro: "De la luz". Añadieron para la pelea que siempre se está esperando, en los bailes, en lo de Arispe.

El forastero volvió solo y cruzó la pista entre las luces, para el lugar de lo oscuro donde estaba la mujer. Afuera había ese muerto y al forastero no lo volvimos a ver. O terminaba cuando yo sabía que el hombre, de lo oscuro, no iba a volver.

En un baile, en lo cierto, yo sé cuál es la muerte de ese sueño del que me desperté en la orilla. Me acuerdo. Arriba, se iba cerrando un cejón. Así que eso lo soñé en invierno, me pa-un invierno, porque se veía la sombra en el al. Mejor, así no veía tanto. Para cuidarme de lluvia que estaba viniendo adentro, cosas que yo se acuerda, y no pensar. Lo de mi hermano adeo es así, para mal. Yo no soñé que Tadeo empezó soñando con mujeres, de chico, cuando bajaba conmigo en la estancia. Mi hermano

Tadeo, que está internado por loco en el Melchor Romero de La Plata. Soñaba y soñaba hasta que escuchó al loco Toledo, cuando el loco dejó de alquilar caballos de alquiler en el verano y empezó con eso de que iba a llegar al fin del pueblo. "Los va a apretar el pasto", decía. "Va a crecer y a crecer y los va a apretar." Iba a desaparecer, el pueblo apretado por el pasto que crecía siempre, siempre. Se fueron juntos en un arreo y cuando volvieron Tadeo estaba cambiado. Salía a mirar mujeres en la siesta, por las quintas. Mi hermano. Y Toledo ahora decía que el pasto se estaba acabando y que la tierra, todo, se iba a volar. "La tierra que sostiene las casas y el río que aguenta los costados del pueblo en los mapas para que no se desparezcan, y otras cosas que la tierra tiene apretadas como las casas que hay por ahí, por la falta de pasto, se va a volar."

De ahí que yo sepa que algunos sueños dan en verdad. Los del río, más. Les disparo, les disparo. Pero hay días en que el cielo o un lugar cualquiera de la tierra en las barrancas hacen un dibujo del clavo que me espera entre los pilotes del puente y entonces mejor dejarse estar. A la tardecita ya viene la confusión de lo que es cierto y de lo que no es cierto en este cangrejal de mi cabeza con sus caballos sin terminar y sus hiesitos hechos casas y ranchos de sangre o tanta voz hablando de un dolor. Cuando me acuerdo de eso me agarro de manejar el bote, miro las barrancas más arriba de donde puede estar dibujado el gancho que me espera, voy viendo pasar el tiempo con el sol o con los peones, según cruzan. La señora mandó, aquella vez, que si yo iba a ser el de los botes, tenía que estar de parada en este lado del río, el de la estancia. Así que miro la barranca, allá enfrente, que es como mirar lo de Arispe, aunque no se vea, y más allá el pueblo, aunque no se vea. Yo sé que de ahí, de las gentes que me acuerdo, y del río, se hacen algunos sueños. Otras es del río y lo que trae,

nos andamos peleando porque tal tronco sea tal cosa y tal otro tal otra de acuerdo a lo que quiere cada uno y para que nos amarguemos apostando a ver qué tronco cae para qué lado y si entonces el tronco era mujer, y mujer de alguien, y si se encimaba al otro que podría ser uno de nosotros o el Loco Toledo. Alcanza con decir antes para que todo se complique y no haya modo, no haya modo de escapar. Puede ser media tarde o venirse el mediodía y ahí está uno con ese entreviro de figuritas. Arispe sirve la ginebra con ese ruido que raspa el alma, antes nomás de ese cimbrón en la garganta y el calor en los cuerpos. Y por ahí se ve entrar a un hombre que al rato dice, por algo que ha sido dicho, "Odio a los velorios. No voy a ir ni al mío". Y ya está, ya empezé.

Lo miraron, de vuelta. Ni llovía ni no llovía. Algo, una creciente que crecía, pero despacio, pasaba con el río. Lo de siempre.

"Jodido, el Salado éste. Capaz de quebrar cualquier historia", dice una voz que no se sabe.

"No la mía, que ya está", vuelve a hablar el que habló de su velorio, como si nada. Al mirar, se veían algunas pocas cosas; su altura, no tanta, y el filo de sus manos. Nos miró.

"A mí vez tengo que mirarlos", dijo. Tristeza, cierta zanja sin fondo cruzó por el boliche, ahí. "A mí vez los miro", dijo, y siguió sin preguntarnos nada.

"Ya sé que a mí me van a hacer el cajón con la manija para adentro, porque no me va a querer llevar nadie. Pero ¿y qué hay?"

Como siempre el silencio lo manejó Arispe, con un ruido de vasos. O con el ruido de la ginebra cayendo en la eternidad.

"Tomá", le dijo Arispe, mostrando el pulso con la copita llena como el mar. Tranquilo, ese mar. "Si podés."

Se la dejó en el mostrador. Se arrimó, el hombre. Miró fijo a la copita y un rato, como si la desconfiara. Después cruzó las manos atrás, en

ranca, aunque sea de gusto, aunque todo vuelva a empezar. O mirar para el pueblo, tapado por el retorjón de las barrancas barrosas, el pueblo donde nadie podría acomodar las cosas de acordarse o de tapar.

Tapar como de caballo tapado, de esos que no se saben y ganan sin que nadie les haya jugado. De las cuadreras, habla ahora el que habla, o piensa sin dejar de pensar. Pero eso es un sueño ya viejo, una ilusión. Haber sido aquel tapado, que es un caballo al que no se le conoce el tiempo y de afuera da lento, aquel tapado que nunca se presentó. Otra vez digo que son cosas sencillas, de por acá. Lo que no es de acá, seguro, es este clavo, gancho, entre pilotes del puente. Porque algo, en esta sombra que no es la de otros, en eso oscuro de uno, dice que ese clavo entre los pilotes del puente no es de acá.

Ya se mira el final. Es invierno, hace días que no para de llover. Yo veo pasar la correntada cada vez más fuerte, cada vez más fuerte. No es de minutos, no de horas, sino como de meses, años. La miro pasar desde arriba de la barranca, del lado de la estancia. La veo pasar a la mañana, a la tarde, a la noche, cuando se prenden las luces del pueblo, más allá de la primera luz que es lo de Arispe. Llueve y el bote, que está ahí abajo, justo abajo de donde estoy parado mirando, ya subiendo. Eso es que el río crece y ya se viene, del todo, la inundación. Ya no se van a ver las barrancas, primero, y después ni la luz de lo de Arispe, porque se habrán ido corridos por el agua, y después ni las luces, si ya es de noche, cuando el agua empiece a brotar del sótano de la usina y las máquinas se tengan que parar. Pero va a llegar un momento en que no me importe esperar esos momentos y baje hasta el bote.

Sube, me acomodo. Despacio, cortando sin forzar la correntada, me voy al medio del río y cuando enderezo el bote alcanzo a pensar en el mar. Lo hago ahora porque si espero la inundación las aguas van a ir para cualquier lado. Así que encaro el medio y guardo los remos que no voy a servir para nada. No pregunten pero no voy a querer ir sentado. Parado en la mitad del bote que está en la mitad de la correntada. Sin despedirme. Sin saber por qué de tantas cosas me acuerdo de tan pocas. Sin cantos de palos de letrina y ranchos, de sangre en la cabeza.

Ahora ya está a tiro el puente, los pilotes. Abro bien las piernas, balanceando el bote, enderezándolo para pasar por el medio, justo. El puente, los pilotes, se me vienen encima. Algo, cuando el puente me tapa la cabeza, dice, con la voz de esos cantos, que la erré. Puedo acordarme del vasco Zemborain, en aquel carnaval de hace unos años. Había pasado el corso, había pasado el baile, le bajaba despacio la borra y se sentó en la plaza. Se bajó la careta. Justo, pasamos. "Chau, Zemborain", le grité. El también gritó. "Le erraste para la mierda", gritó, finito, con voz de mascarita, como si todavía tuviera la careta, Zemborain.

Le debo haber errado más de una vez, cuando estuve en el puente, entre los pilotes, pensando en tantas cosas y en el clavo, justo, no. Cuando estuve pero tranquilo. No como ahora, con la correntada, haciendo equilibrio en el bote y sintiendo que en la cabeza, de atrás de la cabeza, me enganché. No sé cómo hago al mismo tiempo para saber que eso es el clavo y abrir los brazos y agarrar un pilote de cada lado y pararme, haciendo fuerza, ahí. Fuerza con las manos contra los pilotes, con los brazos contra las manos, con las piernas contra el bote para que no se vaya solo en la correntada. Porque estoy enganado de la punta de la tripa del cerebro y, si aflojo, mucho no voy a durar.

Se reproduce aquí por gentileza de Michèle Guillemont

ALMAR

SEGUNDA PARTE

El discurso secreto de un hombre dejándose llevar por el río hasta la promesa de un mar — la memoria líquida ahogándose en la súbita certeza de que "algunos sueños dan verdad" cerca del final — es el tema de este cuento que Miguel Briante corrigiera y ampliara poco antes de morir y cuya primera parte apareció ayer en estas mismas páginas. Con la conclusión de "Al mar", culmina también la edición 1995 de **Verano/12**. Hasta el próximo enero.

como el de los alambres de púas y su suerte de opositor. A veces, para olvidarme de esos ruidos que veo, me pongo a pensar qué podría soñar alguno del pueblo, qué podría querer olvidarse para siempre. Pero eso es mucho para mi cabeza, que ya tiene suficiente, y encima el mar, que no vi. Era más fácil cuando en lo de Arispe había ventana para el lado del pueblo y en la leña que iba ardiendo en ese hueco donde ahora que llegó la luz pusieron el televisor, en el fuego, uno iba pudiendo ver la historia que quería. Estaba la ventana y uno veía prenderse primero todas las luces de las calles y después las de las casas, y podía identificar. Ahora me lo tapan las barrancas, al pensamiento, o me lo retuercen con esas raíces que asoman del barro de la barranca de allá, donde hay filis de pinos, casuarinas y plantas más petisas, otra eternidad en la que me puedo caer tratando de distraerme de la cabeza: ver raíces de qué son, cada una a cada una de las que alcanzo a mirar. Y alcanzo con pensar todo esto, acordarse de la ventana y del fuego en el hueco donde ahora brilla nada más que la televisión así las historias ya vienen contadas y no

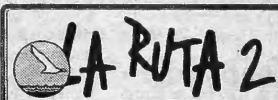
la espalda y bajó la cabeza.

Como en los circos. Estaba haciendo una prueba, altísimo, una sola prueba. Como en los circos de antes, sin red. Doblé la cintura, puso los labios contra la copa, casi sin tocar el vidrio, serenito, delicado, sin apuro, y la ginebra empezó a bajar en la copa, pareja, tranquila y pareja como el hombre, hasta el fin. Respiramos. En la puerta, donde empezaba la noche, mientras todos volvíamos, dijo: "Me sé tomar el tiempo", y se fue.

O no fue sueño, pasó. Eso es lo de estas orillas y el agua, que no se sabe. Y si fue sueño, la rienda se tiene que tener después, en la vigilia, para ver qué fue. En lo blanco de los silencios de la cabeza, en lo que uno no agarra para no hacerse tanta hondura, queda como una resaca o fondo, que molesta, aunque no hayan estado esos cantos, los de sangre. Hemos comido palos de letrina, las paredes de las casas son de otro color. Las voces. En la siesta no hace falta taparse los ojos para sentirlos, espesas, y es ahí cuando hay que agarrarse de cada raíz que sale de la ba-

LECTURAS

COVISUR ESTA TEMPORADA, LE BRINDA LA SEGURIDAD Y EL CONFORT DE PODER VIAJAR POR EL PRIMER TRAMO DE UNA RUTA CON DOBLE CALZADA, UNA HACIA CADA LADO.



39 iBOOM!

Roperito gritó algo y le disparó a través del vidrio. Catcher se arrojó al suelo, le sacó ángulo. Desde allí vio cómo el luchador se volvía con-

El veterano no dijo nada. Apenas si meneó la cabeza, abatido.



40 NUNCA MAS

Pero todo se complicaba con Roberto Aguirre después de Uruguayana. Convertido en adicto a través de la amistad con Narvaja, se había integrado a la organización en Mar del Plata. El accidente del helicóptero se había producido cuando utilizaban la cobertura del patrullaje costero para entrar la droga por mar.

Y hasta el final había sido así: nadie entendía quién o qué sería Cat-cher. Incluso Zambrano y la equi-

po. El licenciado Zapata era muy hinchapelotas con los horarios y todo lo interpretaba.